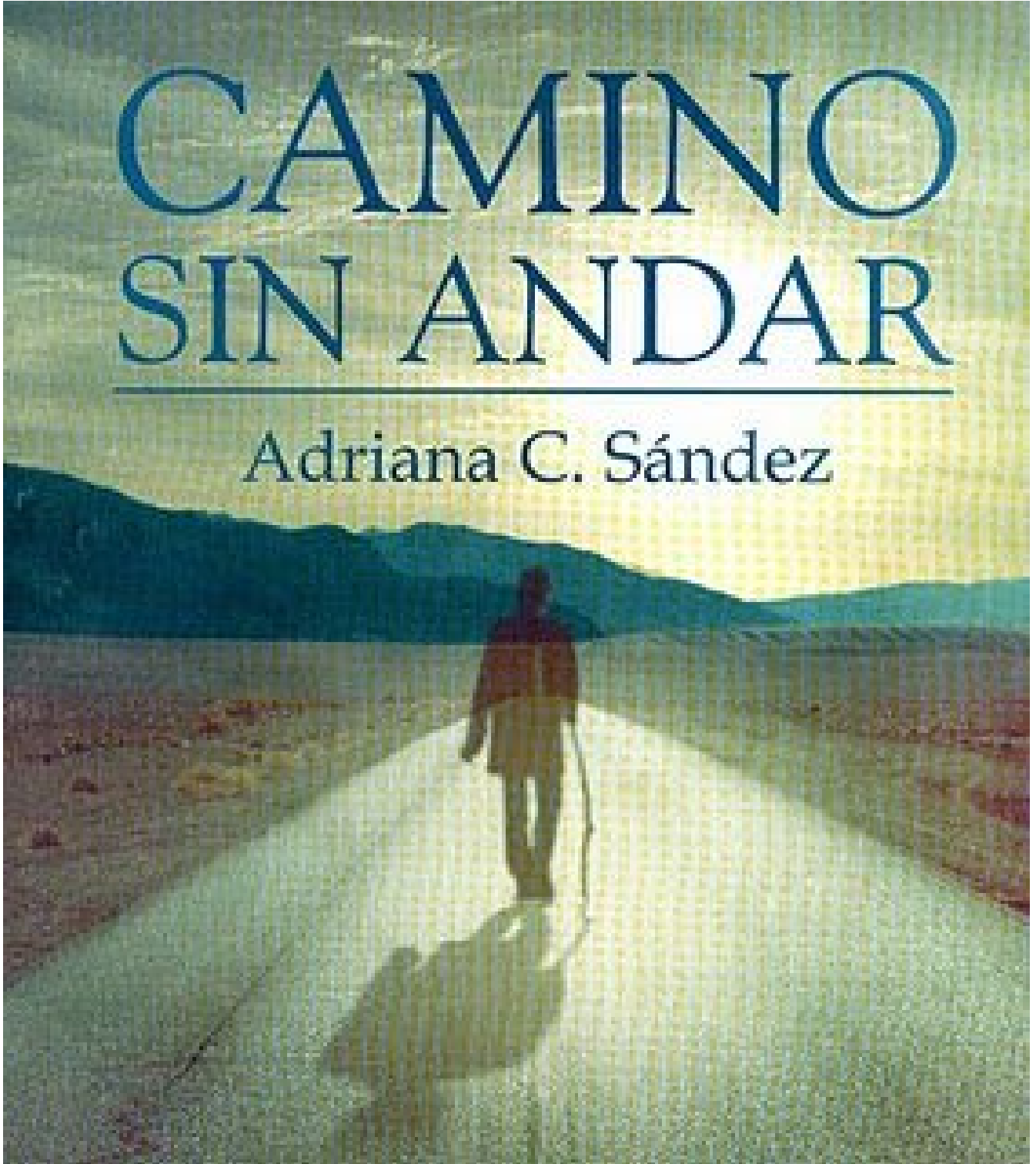


Los Primos

Adriana C. Sáñez

CAMINO SIN ANDAR

Adriana C. Sáñez



Capítulo 1

LOS PRIMOS

Raúl siempre fue lindo, de chicos todos se paraban a verlo, siempre había alguna vieja que le acariciaba el flequillo. Y él siempre se preguntaba por qué. Es verdad que su egolatría se había ensanchado pero no lo suficiente, no como para que dejase de notar esa fisura, esa herida dolorosa que lo escindía como una proa que abriese las aguas.

Temblando se miraba en el espejo repasando esa rubia pelambarrera y esos ojos claros, nunca demasiado transparentes que siempre parecían esconder algo aunque él no sabía qué.

La única que parecía apreciarlo algo más allá de esa apariencia agradable era Juana. A él le maravillaba y atemorizaba a la vez la fiereza de ella. Hasta el gesto con que tomaba una taza indicaba un vigor nada mediocre. De chico siempre había hecho cosas sólo porque Juana lo quería y él no sabía decir que no, como si su belleza lo sometiese a pagar con sumisión el agrado que producía en los otros.

Juana percibía esa subordinación y se aprovechaba de ello. Pero lo que nunca percibió Raúl fue como Juana se refugiaba en él. Ese sentimiento de dominio le daba una pertenencia, un aposento.

- Raúl, traeme el libro de la biblioteca
- Bueno
- Y la lapicera que está en el escritorio
- ¿Qué más, princesa? Otra cosa más y no me muevo.

Aunque ella le pidiera mil cosas él iría igual.

Siempre acostumbraba a preguntar:

- ¿Y cómo saben que Jesús fue el Mesías?
- No hay nada seguro en este puto mundo, todo cambia y nadie puede decir que lo que afirma hoy, sea cierto mañana.

Para demostrar éso o porque tenía la perentoria necesidad de probarse, siempre Raúl se colocaba al borde del descalabro. Pero sabía disimular muy bien y así muchas veces despistaba al más avisado. Como cuando

iba a la escuela, jamás estudiaba, más una cuestión de método de pereza que para "probarse" como decía él. Siempre levantaba la mano para decir las lecciones cuando el profesor invitaba a los alumnos a pasar al frente.

La tensión nerviosa que ello le producía, las palpitaciones y las manos transpiradas le daban la sensación de vivir, como si las horas tranquilas en casa de sus padres fuesen sólo un intervalo sin importancia.

En la escuela fue donde aprendió a fingir. Se creó una imagen de éxito que sólo una persona podría destruir. Ese era Germán.

Juana parecía admitir lo que todos repetían que "Raúl iría a tener un futuro brillante." Quizás porque Germán sabía que a él no le esperaba lo mismo, le resultaba fácil poner a su primo en apuros. Aunque no estaba seguro Germán creía intuir miedo en las luces cambiantes de la mirada de Raúl y eso lo provocaba con una furia que no lograba comprender.

Al principio Raúl lograba esquivar a sus perseguidores, corría y saltaba como si llevase una pelota invisible. No debía pararse, sería admitir que el juego de los límites podía terminar.

Con mocos y babas colgando acarició las baldosas de la vereda, tenía el labio partido, moretones por todos lados y le sangraba la nariz.

Detrás de un árbol, cerca de la esquina, Germán sonreía. A Raúl le pareció que si había alguna cosa segura, ésa era que Germán era el Gran Instigador.